

EL PARQUE

Conseguí una mesa en el Parque Lezama, de ésas para jugar al ajedrez y aquí estoy sentada. El encuentro con los dos españoles movió algo de mi interior. La dirección que buscaban era en el recodo de la plaza. Les señalé el lugar y sonreí. Ahora me resulta raro haber sonreído.

Después doblé por San Juan y entré al Museo, recuerdo haberle dicho al portero que la entrada era muy barata y le dejé más.

La sala estaba vacía y eso me hizo muy bien. Un cuadro de Krasnopolsky me atrapó. Como estaba sola me di el gusto de hacer comentarios en voz alta y me llenó de gozo.

Cuanto me detuve delante del enorme cuadro de Victor Chab suspiré y me dije en voz alta : ¿Qué se puede pintar después de esto?. No recuerdo cuanto tiempo pasó hasta que seguí mi recorrido... Y me atrapó un Pettoruti luminoso que parecía una lámpara encendida en la sala del museo. ¡Esa luz aún me inunda en el parque!.

Llegué allí y los chicos gritan y juegan detrás de mí pero no me molesta. Quizá en otro tiempo me hubiera irritado. En la mesa de enfrente hay cinco jóvenes hablando de sus ilusiones. Uno tiene camisa y gorra militar y un vaquero gastado. Es mediodía y aún hay jubilados charlando.

Siento un profundo vacío dentro mío, deber ser por oposición, pues estoy repleta y excedida. Pero hoy en este momento no deseo nada, el día me parece eterno y eso me gusta.

Allí está el sol brillando, reinando soberbio, dueño de un cielo intensamente azul, sin una sola nube.

Quisiera pensar en algo, pero no puedo, estoy en blanco y me siento liviana como recién nacida.

Veo las cosas como nunca las vi antes y es como si por primera vez el Parque Lezama me mostrara sus tesoros más ocultos.

Quiero que el tiempo corra o mejor dicho se deslice, que el aire me siga tocando y el ruido de los autos y colectivos me llegue lejano mientras las bocinas suenan como campanas de iglesia.

No consigo pensar en antes del encuentro con los españoles, creo que hablé con alguien por el teléfono público, que está en el bar de la esquina de Defensa y Carlos Calvo, pero no recuerdo con quién hablé y además ya nada me importa: Pero si me importa sentir el aire que eriza mi piel, las charlas lejanas y esa sensación de aislamiento y protección que produce el parque.

Soy toda ojos y oídos y siento que me desperté de un sueño milenario... Acaban de llegar cuatro hombres y una mujer que se sientan en la mesa cercana a los chicos y se disponen a comer unos sanguches y a tomar algo de un termo grandote. Tienen hambre y no hablan.

Fuman y se ríen de todo, mientras el aire trae olor a puerto y me viene la imagen de las postales de la Vuelta de Rocha. Hay una palmera enana, seca, a unos diez pasos que tardé en reconocer, parece una pollera hawaiana y me produce una rara sensación textural en la boca del estómago.

Debería hacer planes para marzo pero mi mente está en blanco y como un pantallazo me aparece el curso de portugués

pero se me apaga en un segundo quedando mí ser sobre una nube.

Pienso comer una porción de pizza pero tendría que levantarme y cruzar el parque y no tengo ningún deseo de moverme. Me desperezo un poco , hago rotaciones con la cabeza. No se imaginan la cantidad de cotorras que hay arriba mío, muy alto, entre los árboles. Me quedo un buen rato mirándolas, es una linda sensación, pero me mareo y bajo la cabeza.

Son dos mundos distintos, pienso, mientras mis ojos se clavan en un hombre que viene subiendo las viejísimas escaleras del lado de Paseo Colón y lleva apretado contra su estómago un conejo blanco, lo absurdo de la imagen me recuerda a “Alicia en el país de las maravillas”.

El farol tiene la luz de mercurio encendida y esa inutilidad me inquieta, cuando bajo la mirada veo que una paloma blanca se acaba de posar en mi mesa y me mira. Ni me muevo para que se quede más tiempo así la observo. Es como todas pero me parece diferente.

Siento que vino por mí, vino a verme porque me mira y no se mueve, apenas inclina un poco su cabecita y este momento es infinito. Pero el grito de los chicos la asustan y se va. La sigo por un rato y consigo distinguirla entre las otras, luego la pierdo aunque sigo sintiendo que desde algún lugar me mira...

Ahora hay viento, creo que del este, “viento peste” decía mi abuelita. Para todo tenía dichos que han quedado bastante marcados en mí.

Me parece que se acaba la paz, porque de pronto empieza a llegar más gente. Los que vienen de Paseo Colón

parecen más cansados. ¿Será por la escalera?. Los que vienen por Defensa parecen contentos. ¿Cuál será la diferencia? ¿Habrá más gente que viene de trabajar del bajo y la otra solo viene a pasear? No lo sé, pero me deleito observando sus caras.

Pensativa, mirando las cúpulas de la Iglesia Ortodoxa veo bajar al colectivo 62 rápidamente por la calle Brasil, es un descubrimiento, no sé porque ese colectivo me cae simpático. ¿Será porque me lleva hasta el Museo de Bellas Artes?.

De pronto me llegan unas palabras de los jóvenes.... “con ese criterio Cuba no sería...” No puedo oír más pero me parece tan raro que hablen de política o quizás se referían a otra cosa. Pero no puedo detenerme en ellos pues está subiendo la escalera un hombre canoso, es joven y me parece triste a pesar de su chomba roja.

Me quedo quieta mirándolo y de pronto su cara cambia cuando reconoce a dos amigos que están sentados detrás mío, se saludan a los gritos y se ponen a hablar de fútbol. ¡Qué molestos! Interrumpen mis sensaciones.

Al darme vuelta para mirarlos con bronca veo a una chica, que está sola en un banco de piedra. Tiene cara de aburrida y aspecto de empleada, con una mano sostiene el mentón y apoya la otra sobre una bolsa, en la que creo ver un saco negro. En el piso hay dos servilletas de papel arrugadas y se pueden ver algunas cáscaras de manzana.

Ahora se nubló del todo y los jubilados se están despidiendo. Del grupo de los que tenían hambre y ahora están charlando de cualquier cosa, se levanta el más joven y se acerca a la empleada. Yo me pongo de costado para poder ver mejor pero solo consigo ver bien al hombre porque la chica se movió y no le veo la cara. Pero eso es lo de menos.

Lo importante es que estén charlando. Me encantaría saber de qué hablan pues hasta aquí llega un murmullo y como el viento está aumentando su intensidad ya no oigo lo que dice ninguno de los que me rodean. Para colmo el ruido de los colectivos molesta.

Los jóvenes levantan la voz, pero no me interesa lo que dicen. Lo único que me importa es la pareja, pues se ha formado aquí. ¡Delante de mis ojos! Siento que es en parte mía, pues yo los vi antes cuando aún no se conocían. Ahora me alegra verlos juntos charlando. Y el ritmo de mi corazón se acelera más y más... No sé qué me pasa. Trato de serenarme y mirarlos más objetivamente.

Ella tiene una minifalda negra y las piernas cruzadas, es un poco llenita. El pelo es largo, rizado y bastante desprolijo, pero le queda bien. Debe tener 25 años y él un poco más.

Observo como él se está esforzando para hablar, pues se nota que es tímido, pero es más fuerte el gusto por la chica. Por suerte, ella lo escucha con atención, puedo ver su cara, el aburrimiento ha desaparecido, hasta sonrío. ¡Que hermoso! parece el final de un cuento.

Ya debo irme, han pasado siglos, no se la hora, ni me importa. Quiero levantarme pero las piernas no me responden. Sigo sentada en el banco chiquito con los codos apoyados sobre el tablero de piedra y todo el parque metido en mi sangre.

Sé que algo tengo que hacer pero no lo recuerdo. Pienso que debo tomar coraje y romper el hechizo para llegar hasta la pizzería y de allí ir caminando hasta casa por Defensa... Ahora si recuerdo, cuando dije casa me vino a la mente la imagen anterior al encuentro con los dos españoles y al llamado por teléfono desde el bar.

¡Qué increíble! ¡Cómo me quedé tanto tiempo en el parque cuando tenía que hacer algo tan importante! Pero está todo tan lindo que no tengo ganas de irme. Voy a esperar un rato, hasta que la pareja decida levantarse y tal vez los pueda seguir un poco y saber que dicen. Es tan hermoso el amor cuando nace... Pero después de eso sin falta vuelvo a casa. Voy a la Comisaría de la vuelta, la de Perú, y les confieso que maté a Juan.

.....